

Luego se sucederán Oriol (971-984), otro Atón (991-992) y Blas que morirá en el año 1004 y que será el obispo al que le tocó vivir el tránsito del año mil. Todos ellos gobiernan un territorio que va desde tierras de Ansó hasta el valle de Tena incluido, desde los montes del Pirineo hasta la frontera con los musulmanes, siendo monasterios de su control el de San Julián y santa Basilisa (hoy San Juan de la Peña), el de Cercito, el de Navasal o el de Siresa. Todo un mundo que gira alrededor de la iglesia románica de San Adrián de Sásabe¹⁹, que permanece en pie como testimonio de la historia de este antiguo episcopado, asentado en los orígenes de Aragón, justo en ese tramo en el que comienza a definirse el nuevo mapa geopolítico de una monarquía con propiedades personales en Jaca y con monjes rezando por ellos en San Juan de la Peña.

Este nuevo obispado, del que hay algunas noticias documentales que certifican seis obispos y del que queda una inscripción que habla de «*Aquí descansan tres obispos*»²⁰, mantiene su titulación hasta principios del siglo XI; momento en el que se produce el cambio de obispo de Sasabe por **Obispo de Aragón** o aragonés. Este cambio coincide con el reinado de Sancho el Mayor de Pamplona, el hombre que comienza a intitularse «*rey por la gracia de Dios*» de pamploneses y aragoneses. Imitando al poderoso monarca, como siempre era habitual en este cuidadoso reparto de poderes, el prelado asume esta idea y se titula «*episcopus Aragonensis*», por la gracia de Dios sobre los hombres que viven en Aragón²¹.

Pero el obispado de Sasabe no perdurará mucho tiempo, pues justo cuando reyes como Sancho el Mayor o como Ramiro I, en pleno siglo XI, apuesten por ampliar su dominio y sus privilegios, le saldrá un fuerte competidor. Será el tiempo en el que los monjes de este cenobio van a ver mermada su influencia en aras del control que sobre la iglesia comienzan a ejercer los cluniacenses que han llegado al monte Pano.

Y con el paso del tiempo, estos monjes ultrapirenaicos influirán para que los obispos de Aragón sean monjes benedictinos de San Juan de la Peña, el viejo recinto en el que se asienta la memoria histórica de los inicios de la reconquista, y apoyarán la idea del rey Sancho Ramírez de llevar incluso la sede a la nueva ciudad de Jaca creada por Sancho Ramírez. Era el año 1077 y el viejo obispo sasavense, el obispo de Aragón se convertía en obispo de Jaca.

¹⁹ Josefa M^a. Valenzuela, «*San Adrián de Sasabe*» en *Argensola*, 15 (1964-1965), pp. 71-91.

²⁰ Durán en «*Las inscripciones medievales de la provincia de Huesca*», en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón (EEMCA)*, 8 (1967), n^o 3, pág. 75. Un documento oscense de 1116, falsificado, habla de que están en Sásabe los sepulcros de siete obispos.

²¹ -Antonio Durán, «*La Iglesia en Aragón durante el siglo XI*», *EEMCA*, IV, 1951, pp. 7-68.



UN SERVICIO PARA LA LITURGIA DOMINICAL

EXEGESIS de los textos litúrgicos

NOTAS para la preparación de las homilías

MONICIONES para la celebración

Solicite ejemplares gratuitos a:



DABAR
Paricio Frontiñán s/n
50004 ZARAGOZA
Tlno. y Fax: 976 439 635

TELÉFONO DEL EVANGELIO



976 445 566 - 976 445 555

**LLAMAR, ESCUCHAR (Grabación de 3 minutos) y
REFLEXIONAR**

(Precio de la llamada: coste normal)

La nueva cultura del agua

Rev. Aragon. Teol. 14 (2001)

Jesús Jaime

La presentación, tramitación y aprobación del Plan Hidrológico Nacional ha suscitado en la sociedad española, y especialmente en nuestra tierra aragonesa y en las gentes del bajo Ebro, un intenso debate en torno al agua. De nuevo ha hecho aflorar esa secular preocupación que llevamos los aragoneses cuando se habla de agua y trasvases. Baste recordar las grandes manifestaciones que se han organizado en nuestra tierra contra los trasvases: la primera en 1976, que fue duramente reprimida por las fuerzas de seguridad, que significaba la reacción de la sociedad aragonesa en aquellas movilizaciones de la «guerra del agua»; la del 8 de octubre de 2000 en Zaragoza, en la que unas 400.000 personas inundaron las calles de la ciudad —en una manifestación histórica— para manifestar su rechazo al trasvase del Ebro y al Plan Hidrológico Nacional; la del 11 de marzo en Madrid que reunió a 400.000 personas de todas las comunidades —encabezadas por los aragoneses—; y la «marcha azul» que está recorriendo estos días (en los que escribo) las tierras francesas en dirección a Bruselas donde esperan manifestarse el 9 de septiembre.

La preocupación por el agua ha estado siempre en el ánimo y en la historia de los habitantes de las tierras aragonesas desde los tiempos más remotos. Recordemos que el «Bronce de Contrebia Belaisca» da cuenta de un pleito de riegos entre los habitantes de Alagón y Zaragoza que fue sometido a los magistrados de Botorrita (Contrebia) para su sanción.

Las gentes de Aragón tenemos una especial sensibilidad hacia el agua porque Aragón, en su inmensa mayoría, es una tierra que carece de agua (desierto de Monegros y Bardenas, las estepas de Belchite, las planas de los alrededores de Zaragoza...) o en la que se dan grandes contrastes. Es verdad que por esta tierra atraviesa el gran río de la península que lleva su nombre, el Ebro, y que de las montañas del Pirineo descienden ríos caudalosos: el Aragón, el Gállego, el Cinca. Pero en muchos lugares se ve pasar el agua sin poder aprovecharla y los ríos de la margen derecha (salvo el Jalón) son de escaso caudal y de una acusada irregularidad.

Como ejemplo de estos contrastes sirvan estas notas: «Los campos aragoneses que el exceso de lluvias del invierno permitió sembrar a última hora se secan ahora por falta de agua» (*Heraldo de Aragón*, 25 abril de 2001, página 1); «Las lluvias han llegado tarde. La mitad de la cosecha de cereal se ha perdido» (*Heraldo de Aragón*, 15 de mayo de 2001, página 28). «Pérdidas de 30.000 millones en el campo por la sequía. Los cultivos de secano están sufriendo uno de los peores años de las últimas décadas». «Los bomberos llevan agua a más pueblos que el año pasado» (*Heraldo de Aragón*, 31 de agosto, página 7) En nuestras tierras se dice: después de «la gran remojada» viene «la gran secada».

Aragón es una tierra de contrastes («polvo, niebla, viento y sol, y donde hay agua una huerta» dice la canción de J. A. Labordeta). Ha visto cómo los ríos atraviesan sus tierras reseca y ha soñado con aprovechar esta agua. En las gentes de esta tierra ha crecido la conciencia de que el agua es necesaria y vital para el desarrollo económico. Y ha guardado en la memoria los pensamientos de Joaquín Costa, que repetía una y mil veces: «Aragón necesita muchas cosas... pero todas se encierran en una: los riegos».

1. Promesas esperadas, promesas incumplidas: los riegos en Aragón

A lo largo de todos los siglos encontramos en los hombres y mujeres que habitan las riberas de los ríos un interés por construir grandes o pequeñas obras para aprovechar las aguas: las presas o azudes de derivación de las aguas para riegos o para el consumo, para mover las norias, para instalar molinos, los batanes, etc.

Podemos encontrar restos de estos ingenios hidráulicos en todas las épocas: las presas de Muel sobre el Huerva o de Almonacid de la Cuba sobre el Aguasvivas, realizadas por los romanos; los viejos regadíos de las cuencas de nuestros ríos y las norias de origen árabe; las norias y molinos construidos por los monjes del Cister, etc.

A partir del siglo XVIII la ingeniería hidráulica alcanza un gran desarrollo y aviva los anhelos de los ribereños por construir obras de derivación para grandes riegos.

Es en esta época, bajo el reinado de Carlos III, y gracias al tesón y empeño del canónigo Ramón de Pignatelli, cuando se consigue culminar *el Canal Imperial* (1784) y que las aguas del Ebro tomadas en el Bocal de Tudela llegasen canalizadas a Zaragoza, hasta Casablanca, donde mandaría construir en 1786 la «Fuente de los Incrédulos» como contestación a quienes no creían que algún día pasaría agua por el canal.

El Canal Imperial, la mayor obra hidráulica de la Ilustración, a lo largo de sus 125 Km de recorrido, además de suministrar agua de boca a casi un millón de habitantes, proporciona riego a unas 27.000 Ha y abastece importantes industrias del Valle.

Habrá que esperar al comienzo del siglo pasado (1906) para que se inaugure una nueva obra «*El Canal de Aragón y Cataluña*». Un canal que riega 57.500 Ha en la provincia de Huesca y alrededor de 37.000 Ha en la de Lérida. Un Canal cuya historia refleja las alegrías y desdichas, promesas e incumplimientos que han vivido los regadíos en Aragón.

La historia de dicho canal se remonta a tiempos del Emperador Carlos I, si bien deberá esperar a tiempos de Carlos III para que se redacte un completo proyecto y se otorgue una concesión. Numerosos contratiempos en esa época demoraron más de un siglo el inicio de las obras. Joaquín Costa alentó a las gentes para que el Estado asumiese el proyecto. En 1906 Alfonso XII inauguraba oficialmente esa obra. En 1926 se inauguró el Pantano de Barasona o «Joaquín Costa» —en recuerdo de uno de los hombres que luchó por los regadíos de esta tierra. Hoy, siguen pendientes los compromisos de construcción de otros embalses complementarios.

A principios del siglo pasado va surgiendo la idea de que las aguas del Pirineo puedan llegar hasta las tierras de Monegros, regando las llanuras de Almudevar y Tardienta: es *el Plan de Riegos del Alto Aragón*. El proyecto aprobado en 1915 se basaba en la derivación de aguas del Gállego a través del Canal de Monegros, al que se unen las aguas del Canal del Cinca en lo que se llama el «Abrazo de Tardienta» (1982). La superficie en riego actual está en torno a las 185.000 Ha. Obras esperadas a lo largo de casi un siglo que han cambiado radicalmente el paisaje y la economía de uno de los más grandes desiertos del país. Todavía se están ejecutando y poniendo en marcha los regadíos en algunas zonas.

Otra de las grandes obras de regadío en este siglo es *el Canal de Bardenas*. Tomando las aguas del río Aragón en el embalse de Yesa (1959) riega unas 47.000 Ha entre el Pantano y Tauste. A través del canal principal y la red secundaria de acequias transforman los secanos de Bardenas en fértiles tierras.

El Plan Hidrológico de Cuenca del Ebro, en lo que se refiere a la zona de Bardenas establece la «ampliación de los regadíos dependientes del río Aragón por lo cual determina una serie de obras encaminadas a la terminación de los regadíos de Bardenas I, el desarrollo de Bardenas II y de Bardenas III».

Como otras tantas obras de riego en esta tierra, estas obras han sufrido retrasos y ralentizaciones. Eran promesas que se iban cumpliendo a cuenta gotas. Hoy las gentes de estas tierras siguen esperando ver cumplidas las promesas.

La margen derecha del Ebro, con sus afluentes, mantiene unos regadíos históricos. Las obras realizadas han sido de mucha menor envergadura que los reseñados anteriormente. Pero ofrecen su interés localmente. Cabe señalar la construcción del embalse de *la Tranquera en el Jalón* (1960) para asegurar los riegos tradicionales de esta zona; y *los riegos del Bajo Aragón*, con la construcción del embalse de Santolea (1932) y la aprobación en 1971, tras largos años de reivindicaciones, del «Plan de Aprovechamiento Integral de la Cuenca del Guadalope». En 1984 se inauguró el embalse de Calanda para que sus aguas se destinen a refrigeración de la Térmica de Andorra y al futuro riego de unas 13.600 Ha a través del Canal Calanda-Alcañiz. Estos riegos siguen sin estar concluidos

Estas obras hidráulicas han cambiado el paisaje y la economía de las zonas que se han beneficiado de los riegos, han asentado poblaciones y han hecho surgir otras nuevas (los llamados «pueblos de colonización» de Bardenas, Monegros y Alcañiz), han sido generadoras de vida y desarrollo, fuente de vida y desarrollo.

Pero casi todas ellas, además de los grandes retrasos en su ejecución —en muchos lugares han tenido que esperar más de treinta años para que alguna de aquellas promesas se hicieran realidad—, siguen teniendo pendientes fases de ejecución, de ampliación. Son las promesas todavía incumplidas.

No podemos dejar de mencionar que estas obras, tan beneficiosas para unos, han tenido también un gran coste humano: pueblos inundados, gentes que han tendido que dejar sus casas, sus tierras, sus pueblos, sus raíces... y emigrar a otros lugares.

A lo largo de todo este tiempo (redacción de proyectos, comienzo de obras, paralizaciones, conclusión de fases...) las declaraciones de los gobernantes de turno anunciando la realización de grandes trasvases ha generado el temor de que los anhelados riegos quedasen definitivamente paralizados, mientras se anunciaban millonarias inversiones para esas obras faraónicas.

En este clima no es de extrañar que en las gentes de esta tierra haya crecido ese sentimiento de defensa del agua. Llevan un siglo reclamando un poco de atención y quieren defender lo que tienen: el agua. No sorprende, a quien conoce esta tierra y sus gentes, la oposición tan frontal contra el Plan Hidrológico Nacional. Recelan que las grandes obras proyectadas de trasvasar agua hasta Almería signifiquen una paralización de obras del Pacto del Agua o se hagan sólo aquellas que interesan a los objetivos del trasvase. Y, luego, se nos intente hacer creer que se está invirtiendo mucho en Aragón. Conocemos ya este tipo de manifestaciones engañosas: «se están invirtiendo 890.000 millones en Aragón», pero es para unir Madrid y Barcelona con el AVE, no para vertebrar esta tierra.

Las grandes manifestaciones de los últimos meses y el debate surgido en nuestra sociedad, espléndidamente sostenido y alentado por los medios de comunicación de esta tierra,

van haciendo surgir entre nosotros una nueva sensibilidad hacia el agua, lo que se está llamando «la nueva cultura del agua».

Una nueva cultura que nos predispone a cuestionarnos y a revisar el Pacto del Agua. Necesitamos seguir dialogando las gentes de la montaña y el llano, los afectados por los pantanos y los regantes o beneficiarios de los pantanos, las gentes de los pueblos y ciudades, para alcanzar acuerdos respetuosos con todos y con el medio ambiente.

Nueva cultura del agua que nos exige otro modelo de desarrollo sostenible y armonioso. Desarrollo que opte por vertebrar y cohesionar pueblos, comarcas y regiones. Como dice el Manifiesto de la Unión Europea «el agua es un factor generador de desarrollo pero debe generarlo en las propias cuencas antes de llevar a cabo trasvases». La razón es sencilla y simple: es más rentable y eficiente utilizar el agua en su entorno natural, asentando allí población y actividad económica, que transportarla a cientos de kilómetros. La utilización del agua y su correcta gestión no debe agravar los desequilibrios territoriales que existen en la actualidad, sino corregirlos.

2. La nueva cultura del agua

Cada día somos más conscientes de que el agua es *un bien valioso y cada vez más escaso*. El agua es imprescindible para que haya vida vegetal y animal. Todos los seres vivos y sus sistemas dependen del agua. Se puede vivir sin Internet, sin coche, sin móvil, sin cuenta bancaria... pero no se puede vivir sin agua. El agua es imprescindible para el bienestar humano y de él dependen, también, la agricultura, la industria, el ocio, actividades generadoras de riqueza y empleo.

El agua es un bien imprescindible pero cada vez más escaso. La toma de conciencia por parte de los dirigentes políticos a escala mundial de la amplitud de los problemas de disponibilidad y acceso al agua, tanto cuantitativa como cualitativamente, así como los riesgos de una creciente penuria de agua y la degradación de su calidad, viene de los años 70, con ocasión de la primera gran conferencia mundial sobre el agua organizada en Mar de la Plata (1977) por las Naciones Unidas.

Desde entonces se vienen organizando importantes conferencias a nivel mundial para concienciar a la población sobre este gran problema que nos afecta a todos. Hoy nadie puede decir que el problema del agua no le concierne, aunque viva en una zona con abundancia de agua. Los dos graves problemas que nos afectan son: el de la disponibilidad y el de la calidad.

Dos datos nos puede ilustrar y ayudar a comprender cómo el problema del agua nos afecta a todos. El primero es estadístico: Hace seis años en nuestro país había más de 10 millones de españoles con restricciones diarias de agua. El segundo nos interroga: Casi todos hemos comprado o hemos visto comprar agua en un supermercado. Podríamos preguntarnos ¿por qué tenemos que comprar agua en el supermercado en lugar de tomarla del grifo? ¿Qué ha pasado para que no tengamos la confianza para consumir el agua que sale de nuestros grifos? No nos engañemos, el agua potable de los servicios públicos de abastecimiento está bajo sospecha.

En los últimos cincuenta años hemos pasado en nuestros pueblos de ir a buscar agua a la fuente del pueblo con los cántaros a ir al supermercado a comprar el agua y volver a casa —en coche— cargados de envases de plástico.

Esta toma de conciencia nos debe hacer avanzar en una gestión eficiente del agua. Si el agua es un bien imprescindible, escaso y vulnerable, tenemos que cuidarla y gestionarla eficazmente.

Quizá hayamos desaprovechado oportunidades para sentar las bases de una cultura del agua basada en la gestión de la demanda. Quizá «llevamos años de entretenimiento, de huida hacia delante, prometiendo planificaciones milagrosas del agua que nunca llegan ni llegarán mientras estén planteadas al margen del sentido común, de la correcta valoración de las realidades, del saber prudente y del buen gobierno de las cosas»¹.

Hasta «anteayer» sólo nos preocupábamos de hacer llegar el agua demandada hasta el lugar de su demanda: la agricultura, la industria y las viviendas de las ciudades y pueblos. Si la demanda de agua superaba la oferta, el problema consistía en buscar esa agua nueva donde la hubiera. Como sólo se pensaba en la oferta, sólo se actuaba sobre ella. Hoy, la nueva cultura del agua nos está demandando que actuemos sobre la demanda, sobre la gestión, sobre el cuidado del agua.

Dos factores importantes juegan un papel determinante en la gestión eficaz del agua: la contaminación y los despilfarros.

2.1. La contaminación

Hoy uno de los grandes problemas que sufre el agua es el de la contaminación. Contaminación de las aguas de superficie y de las subterráneas, que no cesa de aumentar.

Si bien el proceso de degradación del agua comenzó hace ya dos siglos, con la revolución industrial, su agudización ha tenido lugar en nuestros días, en los últimos cincuenta años.

En los últimos cincuenta años se ha producido un profundo cambio en la relación entre el hombre y el ecosistema, entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el agua. Nuestras sociedades «modernas» están impregnadas por una cultura técnico-económico que tiene la tendencia a considerar a los seres vivos y los recursos de la Tierra como objetos de mercado, bienes económicos, traducibles en términos de costes, precio, rentabilidad, productibilidad... Así el agua ha venido a considerarse como «un bien económico».

Dentro de esa mentalidad, el agua, fuente de vida, se convierte en una de las principales «fuentes de provecho», de provecho que hay que conquistar. Como, además, se pensaba que era un bien abundante, ilimitado, no se la ha cuidado. Y al agua han ido a parar todos los desechos de la actividad industrial, de la agricultura y de las ciudades... porque no costaba nada y la rentabilidad era grande.

La contaminación es problema de los países pobres y también, y sobre todo, de los países desarrollados. Los vertidos industriales y domésticos, la utilización masiva de productos químicos y materiales pesados (nitratos, plomo, mercurio...), la degradación de los suelos y riberas (deforestación, la destrucción de las riberas...) está causando tal impacto en nuestros ríos que estos se convierten en basureros y cloacas, hasta el punto de que el 60% del agua de los ríos españoles no es apta para el consumo.

¹ Francisco Javier MARTÍNEZ GIL, *Una nueva ética en la gestión del agua*, en Can Tapera, marzo de 1998, p. 30.

Los principales cauces de contaminación de nuestras aguas son: 1) las aguas residuales de todos los pueblos y ciudades (materia orgánica y fosfatos); 2) los fertilizantes (nitratos) y pesticidas usados en la agricultura, que se utilizan en todas las tierras de labor; 3) los vertidos incontrolados de granjas e industrias dispersas; 4) los vertederos urbanos e industriales clandestinos en las cuencas de los ríos; 5) la salinización de las aguas en ciertas áreas. Existe un largo etc. de agentes contaminantes: gasolinas con plomo, industrias papeleras, minas a cielo abierto, centrales nucleares, industrias químicas...

Una gestión eficaz del agua pasa por una lucha contra la contaminación, por desarrollar políticas de protección de los ríos, las riberas, los humedales (los mejores sistemas de depuración natural); la depuración de las aguas, tanto de las industrias como de las ciudades; la recogida de basura selectiva; el pago de tasas por parte de quien contamina; formación de los agricultores en el uso de plaguicidas y fertilizantes; consumo responsable del agua y control de los elementos de contaminación (detergentes y basuras); programas de lucha contra la contaminación...

2.2. Los despilfarros

Los recursos del agua dulce disponibles son limitados. Todavía son muchos los que creen que hay agua para dar y tomar, que el agua no va a faltar. Han sido necesarias algunas restricciones para el consumo humano, en años anteriores (los 10 millones que padecieron esas restricciones), para que tomemos conciencia que la falta de agua no es sólo problema de ciertas zonas de África azotadas secularmente por grandes sequías, sino que es una realidad que nos afecta a todos. Concretamente, en nuestro país, las sequías no son la excepción, son la norma.

Además de las sequías, tenemos que tener en cuenta los efectos que el cambio climático va a tener en el régimen de lluvias: no dejará de llover, pero lo hará torrencialmente, agravando la desertización; variará la estacionalidad de las lluvias concentrando las precipitaciones en una estación determinada; el aumento de temperatura llevará consigo una mayor demanda de aguas.

A estos factores señalados hay que añadir las indicaciones de los expertos que dicen que el consumo de agua en el mundo, que se ha triplicado a partir de los años cincuenta, seguirá creciendo a causa, entre otras, del aumento demográfico (de 6.000 millones pasaremos a 8.000 millones en el 2025) y al crecimiento de las actividades económicas: «las actividades industriales podrían absorber dos veces más de agua de aquí al 2025 mientras que la contaminación industrial podría cuadruplicarse»². Junto al alto consumo hay que mencionar las pérdidas considerables que se producen en las redes de suministro, porque los pueblos y ciudades no modernizan sus redes de abastecimiento. Este es un problema general.

«El 50% del agua potable tratada se pierde en las fugas provenientes de los sistemas de abastecimiento. En la mayor parte de los países europeos, las conducciones del agua son anteriores a la segunda guerra mundial»³. Algunos estudios recientes, realizados sobre algunas ciudades como Zaragoza y Huesca, revelan que en las redes de suministro del agua se pierde hasta un 80% debido a las fugas causadas por la presión de la misma, sobre todo por la noche cuando los grifos están cerrados.

Uno de los sectores que más agua necesita es la agricultura: consume el 70% del conjunto (la industria el 20% y las viviendas y otros el 10%). Pero, como pasa en las redes de su-

² Ricardo PETRELLA, *Le manifeste de L'eau. Pour un contrat mondial*, Editions Page deux, Lausanne, 1999, pág 44.

ministro a las ciudades, pierde mucha agua. «Los sistemas de riego agrícola pierden una media del 40% del agua que consumen»⁴.

La inmensa mayoría de los riegos en nuestro país se hacen «a manta» (por inundación), salvo en las nuevas zonas de regadío que incorporan nuevos sistemas (goteo, aspersión...). Este sistema viene de la época de los árabes, sin apenas evolución, originando un gran problema de derroche y mal uso.

A la técnica de riego, obsoleta para muchos, hay que añadir el problema de la pérdida de agua en las conducciones de viejas acequias y brazales, que en algunos casos llega hasta el 80%.

Es urgente y necesario parar los estragos causados por los sistemas de riego actuales ligados a una agricultura industrial. Esta agricultura está causando graves desastres ecológicos degradando suelos y contaminando aguas, de superficie y subterráneas, por los nitratos y otras sustancias tóxicas.

Son necesarias políticas de renovación de redes de abastecimiento a pueblos y ciudades, y mejora de las infraestructuras de riego a la par que la instalación de nuevos sistemas que significarían una reducción importante del consumo de agua.

Como consecuencia de esta toma de conciencia de la escasez y los despilfarros del agua se han puesto en marcha campañas de ahorro de agua que pretenden cambiar los hábitos de consumo de los ciudadanos (Cfr. La Campaña «Zaragoza, ciudad ahorradora de agua», promovida por la Fundación Ecología y Desarrollo). Son necesarias también campañas entre los agricultores y entre los responsables municipales para realizar una gestión eficiente del agua en los municipios y en la agricultura.

«No es tanto la naturaleza como la demanda y los malos hábitos del agua lo que hay que reequilibrar y restaurar entre otras cosas... Por eso, estamos obligados a instaurar la cultura de la eficiencia y del respeto, antes de seguir represando más ríos, mermando progresivamente sus caudales hasta la sequía total, descabezando con derivaciones salvajes las más bellas cuencas de montaña, desarticulando más comarcas históricas, y destruyendo sin necesidad valores escénicos que necesitamos y necesitarán quienes vengan detrás. Estamos en tiempos de conservar, de pensar, de imaginar, y no de destruir. Tiempo de agudizar el ingenio hidrológico y de despertar la sensibilidad»⁵.

3. Agua y Tercer Mundo

Más allá de nuestra secular preocupación y sensibilidad hacia el agua y los problemas que afectan a nuestras tierras de Aragón, hay un problema de fondo que nos debe preocupar a todos: los 1.500 millones de personas que no tienen acceso al agua potable.

El informe del PNUD (Programa Naciones Unidas para el Desarrollo) de 1998 dice que 1.500 millones de personas (de los 6.000 millones que habitamos el planeta) no tienen acceso al agua potable. Esos millones de personas se sitúan en los países menos desarrollados o en vías de desarrollo.

³ R. PETRELLA, o.c., 44.

⁴ R. PETRELLA, o.c., 44.

⁵ Francisco Javier MARTÍNEZ GIL, o.c. 32.

La falta de agua de calidad conlleva enfermedad y muerte. Según UNICEF, el 80% de las enfermedades de los países pobres están relacionadas con la falta de agua potable.

Si no paramos esta tendencia, dentro de 20 años las personas que no tendrán acceso al agua potable serán 3.200 millones. Asusta pensar que cerca de la mitad de la población mundial corre el riesgo de estar privado al acceso de agua potable.

Las perspectivas no son optimistas. Teniendo en cuenta las tendencias demográficas y la presión originada por un desarrollo socio económico «neoliberal», las necesidades de agua en los grandes países y en las grandes «ciudades de la gran pobreza» aumentarán a ritmos y proporciones considerables, «más allá de lo posible».

«Son muchos los que consideran que no será posible parar, de aquí al 2020-2025, la degradación de las condiciones de vida en las grandes ciudades de Asia, África y América Latina. Las poblaciones de esos países no tienen ni los medios financieros, ni los tecnológicos, ni las competencias que, según los líderes y los expertos de los países desarrollados, son necesarios para parar las tendencias actuales y poner en marcha dinámicas de sostenibilidad y solidaridad»⁶.

Para parar esta amenaza sería preciso dedicar el doble del dinero gastado actualmente en la construcción de sistemas de aprovisionamiento de agua potable. Pero ¿cómo van a hacer frente a esos gastos los países pobres? ¿De dónde va a llegar el dinero? ¿De los países ricos? Ellos prometen cada día más ayuda en las conferencias internacionales, pero una mirada a las cifras muestra que la ayuda más bien disminuye.

La tendencia que parece ganar terreno es la de *la privatización*. Confiar al sector privado la resolución de los problemas del suministro del agua potable y el tratamiento de las aguas usadas. Los ayuntamientos, e incluso algunos estados, conceden a una empresa privada la explotación de las instalaciones.

El agua no se escapa a las tendencias actuales. Ningún sector público, ningún servicio público, ningún bien público escapa a este fenómeno. Entera o parcialmente, según modalidades y países, son privatizados los servicios de seguridad social, la sanidad, la educación, los trenes, los aviones, los transportes urbanos, la electricidad, el gas, las telecomunicaciones...

Privatización, desregularización, liberalización son las palabras mágicas del sistema neoliberal. Los estados están renunciando a jugar un papel de regularización y están dejando este papel a las empresas privadas y a los mercados financieros.

En este contexto, el discurso dominante sostiene que el agua es un «bien económico». Habrá que dejar operar a los mecanismos de mercado para que se dé una gestión eficaz del agua. Dicen que del encuentro entre la oferta (que no será muy elevada, porque el agua es un bien escaso) y la demanda (que es fuerte y no va a dejar de aumentar) nacerá el precio justo, y este garantizará la gestión eficaz porque cuanto más cara sea el agua, menos la utilizará la gente; la demanda disminuirá, igual que el derroche.

Esta eficacia y rentabilidad del mercado, que cantan los neoliberales, es, como tantas otras cosas del mercado, una trampa, una falacia que no nos debe engañar. La lógica del mercado no garantiza el derecho más que a los consumidores solventes, aquellos que puedan pagar. Habrá agua para los que puedan pagar y se beneficiaran las grandes empresas privadas, que dicen que el agua debe convertirse en un bien económico.

⁶ R. PETRELLA, o.c., 34-35.